

**OBRAS
ESCOGIDAS**

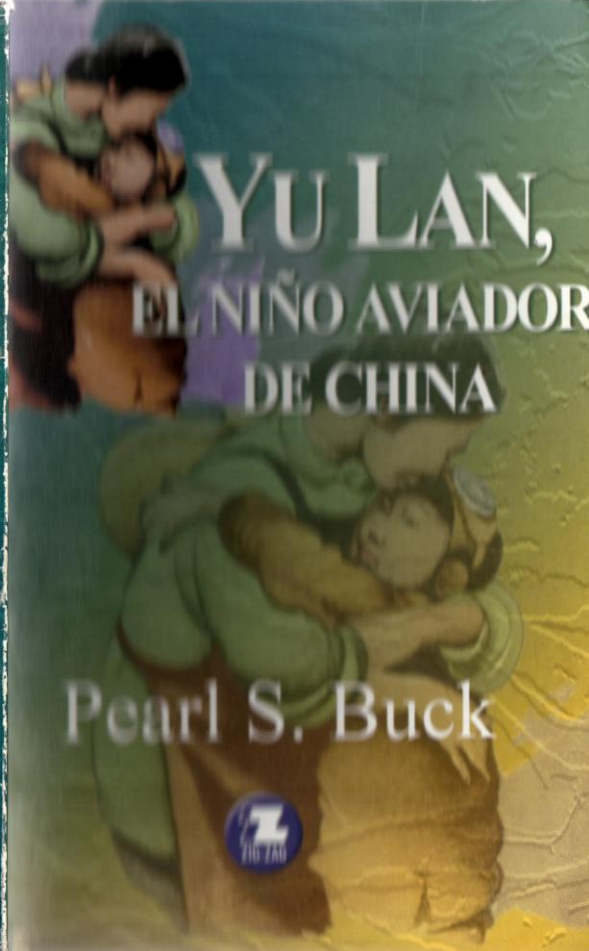


Yu Lan sintió de pronto el ronroneo del motor de un avión... ¿Un aparato enemigo? ¿Iría a caer sobre su casa? Pero ya el avión aterrizaba y Yu Lan corrió a su encuentro. ¡Qué sorpresa: de la cabina descendía un hombre blanco y rubio! Yu Lan jamás podría haberse imaginado que iba a estar con un extranjero y llegar a ser su amigo. Y mucho menos que gracias a él iba a cumplirse el sueño de su vida.

Pearl S. Buck, Premio Nobel de Literatura, es universalmente conocida por sus novelas traducidas a casi todos los idiomas del mundo. Especialmente por su trilogía La buena tierra, Hijos y Un hogar dividido. La que no se ha divulgado es esta conmovedora historia de Yu Lan, que muestra que todos los seres humanos, prescindiendo de razas y credos, pueden encontrarse y ayudarse a cumplir sus sueños.



CÓDIGO 6751 - 2



Yu Lan, el niño aviador de China

Pearl S. Buck

PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1938



Ilustraciones de
CORÉ.

Delfín de Color
I.S.B.N.: 956-12-0770-2.
3ª edición: abril de 2007.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 956-12-1358-3.
3ª edición: abril de 2007.

Copyright © 1945 by Pearl S. Buck.
Copyright © renewed 1973.
Derechos reservados de la presente traducción por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700, Piso 10, Providencia.
Teléfono 8107400. Fax 8107455.
E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización escrita de su editor.

Impreso por RR Donnelley.
Antonio Escobar Williams 590, Cerrillos.
Santiago de Chile.



Había una vez en China un niño llama-
do Yu Lan, a quien lo único que le gustaba eran
los aviones. Cada momento de recreo lo emplea-
ba en hacerlos de papel y madera; de cañas de
bambú y pedacitos de seda, de trozos de metal y
cuerda. En sus libros de estudio, al lado de las
letras, dibujaba cuanta clase de aviones podía
imaginar.



Pero no parecían reales. La razón de esto era
que Yu Lan no había visto jamás un avión de
cerca. Sólo los había visto volando en el cielo, a
mucha altura. Eran aparatos enemigos, y, siendo
un chinito patriota, no le gustaba copiar sólo a
éstos. Pero ¿qué podía hacer? Él vivía en una
aldea tan pequeña que nadie se preocupaba de
ella, aun en tiempo de guerra. Los aviones vola-
ban sobre la aldea, y si los pilotos miraban hacia
abajo, todo lo que veían era un grupito de casas
de color café, con techos de paja oscura, que
crecían como hongos de la tierra, y se dirigían a
lugares más importantes. Ciertamente no po-
dían ver a Yu Lan con su chaqueta y pantalones
de algodón azul, ni menos su cara tostada, levan-
tada al cielo.

—Quisiera que uno de esos aviones cayera
en nuestros campos —dijo Yu Lan un día a su
padre.

El padre se llamaba Kung y era el maestro
de escuela de la aldea. Cuando oyó decir esto a
Yu Lan, le pareció muy mal.

—¿Qué haríamos con él, sobre todo si tuviese un enemigo dentro? —preguntó.

—Ten cuidado con lo que dices —exclamó la madre.

En ese momento ella barría el umbral. Al hablar miró hacia afuera, porque tres aparatos cruzaban el azul del cielo. Yu Lan salió corriendo a observarlos. Volaban más bajo que de costumbre; el niño pudo apreciar el ancho de sus alas y la forma de sus colas. Desaparecieron casi inmediatamente, pero él volvió rápido a su cuarto, dibujó en un pedazo de papel todo lo que podía recordar de los aviones y lo guardó en su caja. Esto era necesario, porque tenía dos hermanos menores: Yu Ren y Yu Fang, y una hermanita: Mei, todos los cuales eran muy intrusos y usaban sus cosas. En su caja guardaba un pequeño modelo de avión hecho de pedacitos de bambú, revestido con papel. Sacó el modelo para mirarlo, pensando que no había nadie cerca, pero, al sacarlo, Yu Ren y Yu Fang aparecieron de repente, extendiendo las manos.



—¡Déjame verlo! —gritó Yu Fang.

—¡Déjame tomarlo un poquito! —suplicó Yu Ren.

Hasta Mei apareció extendiendo las manitas pegajosas, porque había estado chupando un pedazo de azúcar.

—¡No, no! —dijo Yu Lan, y lo guardó nuevamente.

Entonces salió a buscar a sus padres para quejarse ante ellos.

—Padre, quisiera que les dijera a los niños que no toquen mis cosas. No creo que debieran entrar en mi cuarto sin pedir permiso. ¡Y, además, Mei siempre tiene las manos pegajosas! —exclamó.

—¡Qué familia más fastidiosa tienes! —dijo el señor Kung, sonriéndose. Levantó la vista del libro que leía—: Veamos, hay algo aquí que te interesará.

Y leyó en alta voz:

—"El Maestro dijo: ¡Qué abundante población hay aquí! ¿Qué haremos con ellos?, pregun-

tó Jan Yu. Enseñarles, replicó el Maestro."

El señor Kung, como era profesor, siempre leía libros, y Yu Lan sabía que el Maestro a que el libro se refería, era Confucio, un gran hombre, muerto hacía mucho tiempo.

—Talvez tus hermanos y tu hermana quieren saber algo de tu avión —dijo el señor Kung—. Quizás, como dice Confucio, tú debieras enseñarles, en vez de quejarte de ellos.

—Nada puedo enseñarles —replicó amargamente Yu Lan—. No sé mucho de aviones. Sólo sé que los veo volar muy alto en el cielo, sobre nuestra casa.

—Y espero que jamás se acerquen —exclamó la señora Kung.

La madre estaba en la cocina preparando la comida, que consistiría en embutidos y un plato de repollo y cebollas picadas.

Pero el señor Kung no había concluido de hablar. Como maestro de escuela, no podía dejar de enseñar.

—Antaño vivió en China un hombre que



inventó una máquina para volar —comenzó—. El emperador oyó hablar de él y lo mandó llamar.

—Me han dicho que has inventado una máquina voladora deseo verla —le dijo.

“El inventor, que estaba muy orgulloso de su obra, contestó:

—No sólo se la mostraré, señor, sino que volaré en ella.

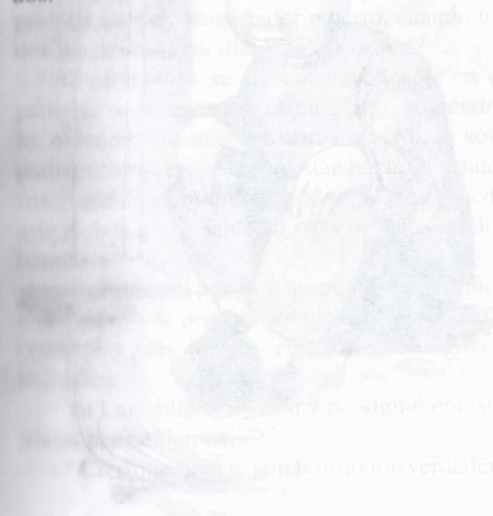
“De manera que, en su vanidad, montó en la máquina y se elevó en el aire. Después de varias vueltas sobre el palacio, descendió y se presentó al emperador, esperando una recompensa.

“Pero el emperador, que era un hombre muy sabio y pensaba de otra manera, dijo:

—No veo el bien que puede hacer a la gente el volar por los aires; y sí veo el mucho mal que puede resultar de ello. ¡Supongamos que nuestros enemigos llegaran en máquinas voladoras y dejaran caer rocas en nuestras casas, o explosivos en jarros!

“Y ordenó que el hombre fuera desterrado y quemada su máquina voladora.”

—¡Qué emperador más sabio! —gritó la señora Kung, desde la cocina, donde la comida comenzaba a despedir olor delicioso—. Si hubiesen sido así, tan sabios, en otros países, no estaríamos ahora en peligro de ser bombardeados.





Yu Lan escuchaba estas enseñanzas con gran descontento, pero como era un niño bien educado no dijo nada. Salió y se sentó cerca de la ventana de la cocina, desde donde salían tan buenos olores, y pensó cuán extraño era que los padres nunca entendieran a sus hijos. ¿Qué importaba un viejo emperador muerto, cuando todos los demás, hoy día, tenían aviones?

Contempló a su pichón pavonearse en el patio en busca de semilla y migajas y, cogiéndolo, extendió sus alas suavemente. ¡Ah, si sólo pudiera comprender cómo están hechos los huesos y qué forma tienen las alas! ¿Cómo puede este pichón gordo levantar su peso por sobre los bambúes?

—¿Por qué, por qué no puedo yo también tener alas? —le preguntó al pichón; pero éste no contestó y sólo lo miró con sus ojos negros y redondos.

Yu Lan soltó al pichón y prosiguió con sus tristes pensamientos.

"Creo que no veré jamás un avión verdadero

—pensó—. Vivimos tan lejos de los otros países. Sin duda que toda mi vida tendré que quedarme en la tierra, mirando al cielo. Nunca sabré lo que es sentirse en las nubes."

En ese momento el delicioso olor de la carne cocida y del repollo era demasiado tentador. Su estómago se encogió de hambre. Se levantó y entró en la casa.

—Lávate las manos antes de comer —dijo la señora Kung, como acostumbraba en esas ocasiones.

—Algún día lo harán nuestros hijos sin que se les diga —exclamó el señor Kung, como siempre.

Los niños no contestaron nada. Obedecieron y se sentaron. La señora Kung puso el plato grande de embutidos en medio de la mesa; el repollo y la sopa, en otras dos fuentes. Yu Lan tenía tanta hambre que realmente se olvidó de todo lo demás cuando vio la buena comida. Alargó la mano sin pensar y tomó un embutido.

—Yu Lan, no debes servirte primero —dijo

su madre—. Todos los días te repito lo mismo.

—Será muy agradable cuando no necesite decir todos los días a nuestro hijo Yu Lan que no debe servirse primero —exclamó el señor Kung.

—Él no piensa más que en aviones —dijo Yu Ren.

—Sólo en aviones —repitió Yu Fang.

—Aviones —balbuceó la pequeña Mei.

Yu Lan gritó:

—¡Cállense!

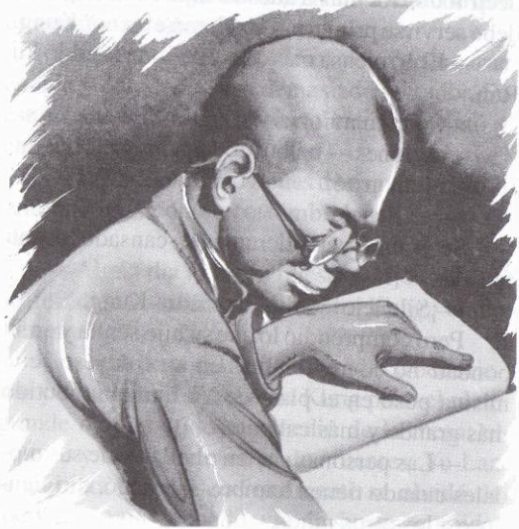
Se sentía verdaderamente cansado de su familia.

—¡Silencio! —dijo la señora Kung.

Pero comprendió lo que su hijo sentía y en su bondad no lo reprendió. En vez de eso, ella misma puso en el plato de Yu Lan el embutido más grande y más caliente.

—Las personas suelen olvidarse de sus modales cuando tienen hambre —agregó, dirigiéndose a los otros niños.

Yu Lan mordió el embutido e inmediatamente se sintió mejor.



—Nada hay de malo en pensar en aviones —dijo el señor Kung a su hijo—; pero por ningún motivo deberías olvidar tus modales.

—Sí, padre —replicó Yu Lan.

Sin embargo, siguió soñando en el día cuando pudiera volar.

Pero, a pesar de sus sueños, no veía la posibilidad. Por sus libros de estudio sabía que los aviones se fabricaban en países lejanos, como Estados Unidos, y ¿cómo podría alguna vez llegar a América?

—Ahora que el viejo emperador ha muerto, ¿podremos fabricar aviones en nuestro país alguna vez? —preguntó un día a su padre.

—Creo que no —replicó el señor Kung—; espero que siempre recordemos las palabras del viejo emperador.

—¿Y si los tienen nuestros enemigos? —preguntó Yu Lan.

—¡Ah! —dijo el señor Kung—. Esperemos no tener jamás enemigos.

Y volvió a la lectura de sus viejos libros.



Comprenderán cuán desesperanzado se sentía Yu Lan. No había almacenes donde pudiera comprar aviones de juguetes, ni tampoco con quien hablar de ellos. Nadie en la aldea había visto jamás un avión, excepto en el cielo, y a nadie, salvo Yu Lan, parecía preocuparle tal hecho.

Y así habrían seguido las cosas para siempre, si no hubiera llegado el gran día. ¡Nunca se puede saber cuándo amanecerá un gran día! Este parecía igual a los otros. Yu Lan estaba en el jardín sacando malezas. Su padre le había dicho esa mañana: "Saca las malezas de entre los repollos y te daré diez peniques". Como Yu Lan necesitaba dinero para comprar más papel y cuerda para terminar su avión, se puso a trabajar, mientras el señor Kung leía sus viejos libros.

Cuando Yu Lan estaba entre sus repollos, oyó el ruido lejano de un avión. Como siempre había escuchado con tanto cuidado aquel ruido especial, comprendió inmediatamente que éste era distinto. Se levantó y miró por todo el cielo,



cubriéndose los ojos con la mano. Por cierto que venía un avión volando muy alto desde el oeste. Era sólo un punto en el cielo cuando lo divisó sobre los montes. Pensó que se remontaría y pasaría sobre él, como habían hecho todos los otros que antes había visto. Pero no fue así; mientras miraba, sucedió el hecho excepcional que demostró que éste era un día maravilloso. El avión comenzó a fallar y a vacilar en su vuelo. Picó, se remontó otra vez y descendió. Entonces comenzó a agrandarse. Despacio, y, como sin ganas, se deslizó hacia abajo, inclinado, hasta que llegó tan cerca que Yu Lan alcanzó a ver las marcas en las alas. No era un avión japonés. No ostentaba el sol rojo. En su lugar tenía estrellas.

Ahora que el avión estaba cerca se sintió casi asustado. Era mucho más grande de lo que se imaginaba. Por un momento pensó esconderse. Quería huir hacia la casa y meterse bajo su cama. Pero, ¿y si el avión se estrellaba contra la casa, enterrándolos a todos?

Mientras pensaba en esto y se sentía cada

momento más atemorizado, el aparato se acercaba zigzagueando. El niño se dio cuenta de que iba a aterrizar. Aterrizó vibrando y saltando, mientras rodaba sobre el terreno áspero y seco. Entonces se detuvo y, por primera vez, Yu Lan vio que los aviones tenían ruedas bajo sus alas. Cuando comprobó esto, corrió hacia él. Si ustedes alguna vez han llegado a poseer una cosa largamente deseada, comprenderán los sentimientos de Yu Lan en ese momento, cuando vio el avión descender cerca de él. Corrió y se detuvo a contemplarlo. Extendió su mano y tocó su suave metal. Era como el cuerpo de un gran pájaro, pero más duro. Tenía alas y cola. Pero la cabeza era diferente. En vez de un pico tenía una nariz redonda.

Yu Lan estaba tan interesado en todo esto que olvidó mirar si había alguien en el avión. Imagínense su sorpresa cuando el techo pareció abrirse, deslizándose, y apareció un hombre de ojos azules y de tez blanca enrojecida por el sol. Jamás antes había visto Yu Lan un ser parecido. Toda la gente que conocía era de ojos negros y tez

tostada. Miró al hombre con tanta atención como un momento antes al aparato. Estaba en presencia de uno de aquellos blancos de los cuales había oído hablar. La nariz del hombre era grande. A Yu Lan le habían dicho que todos los blancos tenían grandes narices. Pensó que la ropa gruesa que llevaba el hombre era demasiado abrigadora para una mañana de verano. El aviador pensaba lo mismo, porque se abrió la chaqueta y se sacó el casco.

—¡Uf! —dijo.

Entonces vio a Yu Lan.

—¡Hola! —exclamó.

Yu Lan no había oído jamás esta palabra, así es que no respondió. Simplemente siguió mirando al hombre. Ahora que tenía la cabeza descubierta, Yu Lan notó que el recién llegado tenía el cabello amarillo como paja de arroz. No había visto nunca cabello igual. Todos sus conocidos eran de pelo negro. Tan sorprendido quedó que se olvidó de su temor.

—¿Por qué tiene usted el cabello de ese

color? —preguntó.

—¿Hablas inglés? —dijo el aviador.

—¿Cómo puedo hacerlo si soy chino? —replicó Yu Lan.

—Felizmente hablo chino —dijo el hombre, y se sonrió, mostrando sus dientes blancos—. Con respecto a mi cabello, nací con él así.

—¿Es suyo este avión? —continuó Yu Lan.

—De mi Tío Sam, de quien espero no se enoje porque se me acabó la gasolina.

—¿Qué es gasolina? —inquirió Yu Lan.

—Lo que bebe el avión.

—Déjame ver.

—No queda nada, no puedes ver lo que no hay.

—¿No serviría el agua o el té?

—Desgraciadamente, no. Ahora déjame preguntar a mí. En primer lugar, ¿dónde estoy?

—Usted está en la provincia de Szechwan, cerca de la aldea de Kung —dijo Yu Lan—. Mi padre es el maestro de la escuela, y yo me llamo Yu Lan, pero nunca he aprendido lo que deseaba.

porque lo único que me interesa son los aviones y en mis libros no aparecen; así es que..., ¿quiere usted enseñármelo todo?

—Un momentito, por favor —rogó el hombre—. Me estás diciendo muchas cosas a la vez.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Yu Lan.

—Jimmy Smith —contestó el hombre—. Mi país es los Estados Unidos. Mi ciudad es Milford, en Ohio.

—Usted es el señor Jimmy —dijo Yu Lan.

—No; o dices el señor Smith, o bien me llamas Jimmy —le corrigió el hombre.

—¿Por qué no señor Jimmy? —preguntó Yu Lan, sorprendido.

—Porque en mi país —explicó Jimmy Smith— ponemos el apellido al final y el nombre de pila primero. Así tú te llamarías, según este uso, Yu Lan Kung.

—¡Qué absurdo! —exclamó Yu Lan—; cuando yo me llamo Kung Yu Lan. Mi apellido se

pone primero, porque la familia es más importante que la persona.

—¡Ah! —dijo Jimmy—. Nosotros consideramos a la persona más importante que la familia. Esa es la razón por la que mi nombre es Jimmy Smith.

—¿Debo llamarlo Smith? —preguntó Yu Lan.

—No; Jimmy —contestó el aviador.

—Usted me confunde —declaró Yu Lan.

—No te preocupes de los últimos nombres —sugirió el hombre—. Yo soy Jimmy. Tú eres simplemente Yu Lan. ¿Dónde puedo comer algo?

—No hay dónde —repuso Yu Lan—. Pero mi madre prepara buenos embutidos.

—Por favor, llévame donde está tu madre —dijo Jimmy.

—¿Y el avión? —preguntó Yu Lan.

No quería dejar solo al hermoso y reluciente avión.

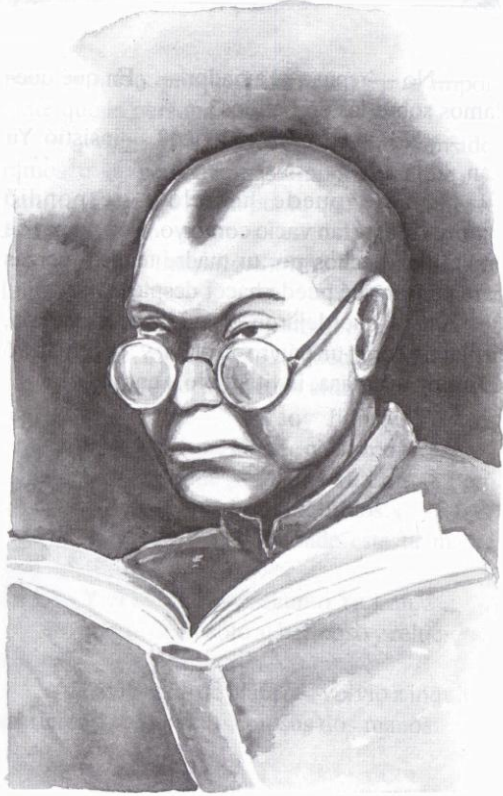
—¿Está hecho de plata? —volvió a inquirir, acariciando el aparato con sus dos manos.

—No —repuso el aviador—. ¿En qué quedamos sobre los embutidos?

—¿No se robarán el avión? —insistió Yu Lan.

—Nadie puede hacerlo —respondió Jimmy—; está tan vacío como yo. Con un par de embutidos hechos por tu madre tendré fuerzas para pensar qué puedo hacer después.

Así es que dejaron el avión en el campo, brillando como un pájaro de plata, y Yu Lan llevó a Jimmy a la casa, invitándolo a entrar.



El señor Kung estaba sentado leyendo y, cuando levantó la vista y vio a un hombre de cabellos rubios, de pie en el umbral, creyó que veía visiones. Se sacó los anteojos, los limpió y se los volvió a poner.

—¡Cielos! —exclamó—. Creía que estaba bilioso y veía las cosas de color amarillo. ¿Qué significa esto, Yu Lan?

—Salió de un avión, padre, y se llama Jimmy —dijo el niño.

La señora vino corriendo, y con ella, Yu Ren, Yu Fang y Mei, porque, como la mamá estaba haciendo pasteles en la cocina, los chicos esperaban comerse las sobras.

Lanzó una exclamación cuando vio al esbelto hombre blanco de cabellos rubios y se cubrió los ojos con el delantal. Los tres niños comenzaron a llorar.

—No se asusten —gritó Yu Lan—. Salió de un avión que está afuera.

—¿Cómo puede ser? —exclamó el señor Kung—. ¿Quién dijo que un avión podía aterrizar en nuestro campo?

Jimmy esperó sonriente hasta que todos se dieron cuenta de que él no iba a comerse ni a dispararle a nadie. Pronto se calmaron.

—Perdóneme por aterrizar en su propiedad —le dijo al señor Kung—. La verdad es que al avión y a mí nos dio hambre al mismo tiempo y no pudimos seguir adelante. Mirando desde arriba pensé que su campo resultaba un lugar a propósito para aterrizar y su casa me pareció atrayente. Por eso descendí. Su hijo me dio la bienvenida.

—Qué extraño es que pueda comprender su idioma —dijo el señor Kung—. Nunca he aprendido una lengua extranjera.

—Estoy hablando en chino —repuso Jimmy.

—¿Cómo? —preguntó el señor Kung.

—Lo estudié junto con muchos compañeros míos —dijo Jimmy.

—Muy gentil de su parte —declaró el señor Kung.

—De ninguna manera —contestó Jimmy.

—¡Oh, sí! —insistió el señor Kung—. Evita

muchas incomodidades. Yo, personalmente, no tengo tiempo para estudiar idiomas extranjeros.

Ya todos se habían dado cuenta de que Jimmy era un buen muchacho, a pesar de su extraña apariencia, y se sintieron más seguros. Yu Lan sólo pensaba en volver al avión.

—Madre, por favor, dale embutidos a Jimmy inmediatamente —dijo.

—Con mucho gusto —contestó la señora Kung, y salió a buscarlos.

Como el resto de la comida estaba listo, lo trajo todo junto: el pato cocido, los nabos en vinagre, los frejoles fritos y el arroz; y a los cinco minutos estaban todos sentados a la mesa, y hasta Mei sonreía a Jimmy.

—Yo tengo una hermanita de tu edad, en mi casa, en Ohio —le dijo Jimmy.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mei.

—Katie —dijo Jimmy—, y le gustan los lollipops.

—¿Qué son los lollipops? —averiguó Mei.



—Dulces en un palito —repuso Jimmy—. Un día te enviaré algunos.

—¿Tiene Katie también ojos azules y pelo rubio? —preguntó, a su vez, la señora Kung.

—Todos los tenemos —afirmó Jimmy—: yo, mi hermano y Katie.

—¡Pobre madre! —suspiró la señora Kung.

—A ella no le importa —aseguró sonriendo Jimmy—. Se sorprendería si tuviera un hijo como los suyos.

—¿De veras? —preguntó la señora Kung, incrédula.

—Ciertamente —aseguró Jimmy, y sonrió más aún.

—Me gustaría conocerla —dijo la señora Kung—. ¿Cree usted que la podría traer en su avión?

—¿Por qué no viene usted a pasar unos días con nosotros cuando termine la guerra? —propuso Jimmy.

—Hazlo, madre —gritó Yu Lan—, y llévame contigo.

El señor Kung miró muy alarmado.

—¿Y yo? —preguntó.

—Te llevaría también conmigo —le aseguró su esposa.

Le parecía ahora muy posible el pasar unos días, con otra madre, en Norteamérica. Imaginaba conversar con ella sobre el modo de cocinar carne y verduras; sobre la actual carestía; sobre cómo ella sacaba las manchas de frutas de las ropas de los niños, y sobre cuál era la mejor manera de hacer conservas.

—Tú podrías hablar con el padre de Jimmy —continuó, dirigiéndose a su marido—, mientras yo conversara con su madre.

—¿De qué le gusta hablar a su padre? —preguntó el señor Kung a Jimmy.

—¡Oh! De los demócratas y los republicanos sobre todo —respondió Jimmy.

—¿Quiénes son ellos? —inquirió el señor Kung.

—Parecidos a los radicales y a los conservadores de acá —explicó Jimmy.



—¡Ah! —exclamó el señor Kung, muy aliviado—. Entonces tendríamos algo que decirnos.

Jimmy había ya comido bastantes embutidos y dos tazas de arroz; aparte de un poco de todos los otros platos. Usaba muy bien los palillos, y en verdad era tan afable y sencillo que todos le habían tomado cariño y trataban de olvidarse de sus ojos y cabellos tan extraños.

—¿Cree usted que su madre podría venir a visitarme? —preguntó la señora Kung, bebiendo su última taza de té.

—Mamá no es muy amiga de los viajes —repuso Jimmy—; pero talvez lograra convencerla.

—La alojaría en nuestra mejor pieza —dijo la señora Kung—, y ella sólo tendría que preocuparse de pasarlo bien. Nuestros huevos son frescos, del día.

—Eso a ello le agradaría.

—Me gustaría que viniese su padre —repuso el señor Kung—. Me interesaría conocer su opinión sobre muchas cosas.

—Y yo quiero jugar con Katie —dijo Mei.

—Y yo con su hermano —agregó Yu Ren.

—¿Cómo se llama? —preguntó Yu Fang.

—Tom, y es un mono lleno de pecas —dijo Jimmy.

—¿Pecas? —preguntaron todos.

—Miren —exclamó, señalando su propia nariz—. ¿Ven las pecas?

Todos miraron y vieron pequeñas manchas de color café en la nariz de Jimmy.

—Aparecen con el sol —explicó.

—¡Ah! —exclamó la señora Kung—. Nosotros no tenemos pecas. Si su piel fuera como la nuestra, tampoco las tendría. Su color es poco apropiado.

—Talvez —dijo Jimmy, y sonrió nuevamente.

Todo esto era muy interesante; pero ustedes pueden imaginarse cómo Yu Lan deseaba volver al avión. Como si comprendiera la impaciencia del niño, Jimmy se puso serio de repente.

—Esto es muy agradable —dijo—, pero no

me trae gasolina. ¿Pueden ustedes decirme dónde puedo comprarla?

El señor Kung se acarició la barba.

—¡Ah! —dijo. ¡Qué pregunta! ¡Gasolina! Conozco la palabra, pero nunca la he visto.

Por un momento, Yu Lan pensó con alegría que Jimmy tendría que pasar semanas con ellos, mientras se encontraba el combustible. Pero no sucedería así.

—Tendré que mandar a buscarla al depósito —declaró alegremente Jimmy.

—Nos será muy agradable tenerlo a usted con nosotros —insinuó el señor Kung, cortésmente.

—¡Oh! Trabajaré en el aparato mientras espero. ¡Muchas gracias! —dijo Jimmy.

Se despidió de todos; pero fue inútil hacerlo. Todos decidieron acompañarlo. La señora Kung envolvió su cabeza en una tela de algodón azul para protegerla del sol, y dejó el lavado de los platos para después. El señor Kung decidió no dar a los niños sus lecciones de la tarde. Todos

fueron con Jimmy hasta el avión, y con ellos todo el pueblo, informado ya de lo ocurrido.

Por fin, todos estaban allí, incluyendo los perros de la aldea, que no podían acostumbrarse a Jimmy y le ladraban y gruñían constantemente. Habría cerca de cincuenta personas agrupadas alrededor del aparato.

Yu Lan estaba enojado con todos porque temía que, con tanta gente, no tendría oportunidad de ver prolijamente el avión. Sin embargo, pudo hacerlo. Se arrimó a Jimmy y lo vio hablar en un tubo negro.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Radio —dijo Jimmy—. Las ondas aéreas llevan mi voz a la base. Me traerán gasolina y la dejarán caer en alguna parte cercana.

Y cuando Jimmy comenzó a frotar y limpiar, mientras esperaba, Yu Lan estaba ahí, sin perderse detalle.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El bastón —dijo Jimmy.

—¿Y esto otro?

—La barra del timón.

—¿Y aquello?

—El tablero de instrumentos.

—¿Y eso?

—La hélice.

Y de este modo Yu Lan averiguó todo lo que podía, pues Jimmy, de muy buena gana, le contestó y explicó cómo funcionaba todo. Yu Lan se sentía cada vez más contento, como si luego de estar con hambre recibiera el alimento que necesitaba.

Todo esto demoró bastante; tanto que la gente comenzó a dispersarse. El señor Kung se excusó, diciendo que tenía que trabajar y que su esposa debía regresar a lavar los platos; y Yu Ren y Yu Fang se fueron a jugar; y hasta los perros se cansaron de ladrar y se fueron a dormir.



Pero Yu Lan se quedó. No deseaba volver a casa. Se sentía perfectamente feliz.

—Debería recibir pronto noticias —dijo por último Jimmy.

Justamente, al poco rato, otro avión apareció y comenzó a describir círculos por encima de ellos. No aterrizó, pero lo vieron detener su vuelo sobre el deslinde del campo, y entonces algo se desprendió de él.

—¿Qué es? —preguntó Yu Lan.

—Un tambor de gasolina —replicó Jimmy.

Un gran paraguas blanco se abrió sobre el tambor y, al momento, comenzó a descender muy despacio.

—¿Qué es el paraguas? —averiguó Yu Lan.

—Un paracaídas —explicó Jimmy—. Si el tambor no viniese con paracaídas, caería tan rápido que se haría pedazos... o haría pedazos a alguien. De esta manera tocará el suelo suavemente.

Mientras decía estas palabras, el tambor descendió y golpeó levemente la tierra. Jimmy



corrió hacia él, agitando sus brazos, y el avión ascendió y volvió al oeste. Yu Lan estaba, por cierto, próximo a Jimmy, y juntos levantaron el gran paraguas de seda.

—Dáselo a tu madre y dile que con él le haga un vestido a Mei —agregó Jimmy—. Las muchachas en mi país gustan de vestidos hechos con paracaídas.

—Pero es blanco —objetó Yu Lan—. Aquí las niñas sólo llevan trajes blancos cuando alguien muere.

—Dile a tu madre que lo tiña de rojo, entonces —dijo Jimmy—. Nuestras jóvenes los tiñen de todos colores.

Yu Lan dobló el paracaídas para llevárselo a casa, y después ayudó a Jimmy a empujar el tambor hacia el avión. Jimmy desatornilló la tapa con una llave; introdujo una bomba con un tubo largo de goma y empezó a bombear la gasolina para traspasarla al sediento aparato. El líquido tenía un fuerte olor.

—¿Es esto lo que beben los aviones? —ex-

clamó Yu Lan, mientras ayudaba a bombear.

—Esto mismo —repuso Jimmy—, y les gusta mucho.

Cuando quedó vacío el tambor, Yu Lan se dio cuenta de que había llegado el fin de su día feliz. Jimmy se iba, llevándose el avión.

—¡Oh, lléveme con usted, por favor! —le rogó—. No puedo quedarme aquí.

—¿Y tus padres? —preguntó Jimmy—. Pensarán que te he raptado.

—¡Oh, por favor! —suplicó Yu Lan.

Al mirar Jimmy a Yu Lan sintió algo extraño en su pecho. Era su corazón que se conmovía, pero él no se daba cuenta. La razón era que, en ese momento, Yu Lan se parecía mucho a su propio hermano Tom, en Ohio. Sí, aunque Yu Lan tenía los ojos y el cabello negros y las pupilas de Tom eran azules y su pelo rojo; aunque la piel de Yu Lan era oscura, y la cara de Tom era blanca y llena de pecas; aunque Yu Lan era chino y Tom norteamericano, los dos niños se parecían. Porque cuando Jimmy se había

marchado de casa, Tom le había rogado que lo llevara consigo.

“—¡Oh, llévame contigo, Jimmy! —había implorado Tom—. No quiero quedarme acá cuando te vayas.”

Por eso Jimmy esperó un instante antes de subir a su avión.

—¿Por qué quieres venir conmigo? —le preguntó a Yu Lan.

—No quiero quedarme aquí sin usted —respondió Yu Lan.

—Pero hoy me has visto por primera vez —dijo Jimmy.

—Si me quedo aquí, mi padre hará que estudie para maestro de escuela —explicó Yu Lan, tristemente—, y yo no quiero serlo.

—Podrías trabajar la tierra —sugirió Jimmy.

—No quiero —replicó Yu Lan—. Deseo sólo una cosa: estudiar todo lo que hay sobre aviones y ser piloto.

—¿Dónde encontrarías un avión? —preguntó Jimmy.

—Estudiaré cómo fabricar uno —respondió vivamente Yu Lan—. Nunca tendremos aviones en China si los niños como yo no empezamos a hacerlos.

Jimmy lo miró fijamente.

—Es verdad; tienes razón —murmuró.

Arrugó el entrecejo y pensó por un momento.

—Escúchame—agregó, después de reflexionar un minuto—: Si tú puedes convencer a tu familia, te vendré a buscar en un tiempo más y te llevaré a Chengtu. Allí hay muchos colegios. Tú sabes que tienes que aprender muchas cosas antes de estar en condiciones de manejar un avión.

A Yu Lan le pareció muy mal esto.

—¿Ir al colegio? —exclamó—. ¡Pero si yo lo detesto!

—Lo siento mucho —dijo Jimmy—. Yo sentía lo mismo, pero tuve que hacerlo.

—Nada me enseñan sobre aviones en el colegio —se lamentó Yu Lan—. Sólo aprendí lo



que dijeron el viejo Maestro y el emperador.

—¿A qué viejo maestro te refieres? —preguntó Jimmy.

—A Confucio, ¿quién otro puede ser? —replicó Yu Lan.

—Nada me enseñaron de él en mi colegio —dijo Jimmy—. Lo que se aprende en colegios para aviones es aritmética, ciencia y otras cosas.

—Nadie enseña esas cosas aquí —se lamentó Yu Lan.

—Entonces ándate a casa —insistió Jimmy—. Arréglatelas con tus padres y espera mi regreso. Volveré y, como señal de que soy yo, picaré tres veces en el aire con mi avión.

Diciendo esto, saltó al asiento, movió el bastón, ensayó las barras del timón e hizo partir la máquina. En medio minuto, su aparato corría sobre la dura tierra, y al minuto siguiente estaba en el cielo. Picó tres veces como despedida y después enderezó su rumbo hacia los montes del oeste.

Yu Lan se sintió muy solo, como si fuese la única persona en el mundo. Se quedó mirando a Jimmy tanto rato, que una bandada de cuervos creyó que era un espantapájaros y bajó a buscar semillas. Se sorprendieron cuando lo vieron agacharse y recoger la seda blanca, y se alejaron volando en medio de maldiciones y graznidos, sintiéndose defraudados. Yu Lan no les prestó atención. Volvió pesadamente a casa, con el paracaídas bajo su brazo, y entró.

Todo allí parecía lo mismo. El señor Kung leía sus viejos libros y la señora Kung había lavado la vajilla y estaba sentada en su bambú, parchando la chaqueta de Yu Ren. Este y Yu Fang jugaban en el patio, y Mei se entretenía con el gato.

Yu Lan entregó la seda a su madre y le explicó cómo la había obtenido, transmitiéndole el recado de Jimmy.

—Es muy buena seda —dijo la señora Kung, admirándola—. Hay tanta, que también me puedo hacer una blusa, que teñiré de azul.



Estaba contenta porque ésta sería su primera blusa de seda; y Mei dejó al gato y batió las manos cuando supo que iba a tener una bata de seda roja.

El señor Kung levantó la vista de su libro:

—Es un buen joven este Jimmy —dijo.

Yu Lan pensó que era el momento oportuno para pedir permiso para irse al colegio de Chengtu.

—Papá y mamá —comenzó diciendo, mientras permanecía de pie delante de ellos, con sus manos a la espalda, como había sido enseñado—, quisiera pedirles un favor. Jimmy volverá. Me llevará a Chengtu, al colegio, donde podré aprender aritmética y ciencia y todo lo que se refiere a aviones. Les ruego me den su consentimiento.

El señor Kung se quitó los anteojos.

—El Maestro dice... —comenzó.

Yu Lan había aprendido a no interrumpir a su padre, pero esta vez no pudo evitarlo.

—¡Por favor, padre! —gritó—. El viejo Maestro vivió hace mucho tiempo, cuando no había aviones; ¿cómo podía saber lo que deberíamos hacer hoy?

—Nunca he oído nada semejante —exclamó el señor Kung—. Jamás lo hubiera creído posible. Como si lo que consideraron justo nuestros antepasados no fuera bueno también para nosotros.

—Si hubiera sabido que este norteamericano te iba a meter estas ideas en la cabeza, no lo habría sentado a mi mesa —exclamó la señora Kung.

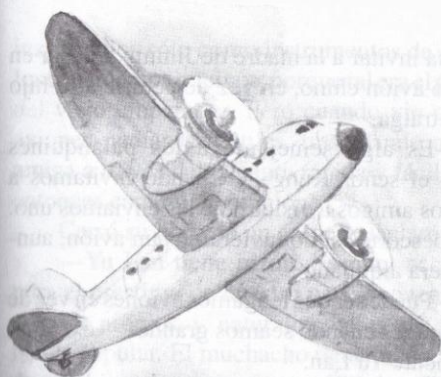
Para sorpresa de Yu Lan, Mei vino en su ayuda.

—Pero si Yu Lan no aprende a manejar un avión, ¿cómo puedo ir a visitar a Katie? —preguntó—. ¿Debo confiar sólo en que Jimmy me lleve?

Esta sencilla pregunta hizo que los esposos Kung se mirasen.

—Es cierto —dijo pensativo el señor Kung—. Cuando yo desee conversar con el padre de Jimmy, será injusto tener siempre que depender del muchacho.

—Y a mí —agregó la señora Kung— me



gustaría invitar a la madre de Jimmy a viajar en nuestro avión chino, en vez de pedirle a su hijo que la traiga.

—Es algo semejante a los palanquines —dijo el señor Kung—. Cuando invitamos a nuestros amigos a visitarnos, les enviamos uno. Sería descortés si no tuviéramos un avión, aunque fuera alquilado.

—Puede ser que tengamos aviones en vez de palanquines cuando seamos grandes —exclamó vehemente Yu Lan.

—Talvez el viejo emperador nunca pensó en esto —agregó el señor Kung con voz preocupada.

—Con tantas idas y venidas —sugirió la señora Kung—, sería muy poco honorable que, mientras la gente de allende los mares viniera a visitarnos, nosotros nos quedáramos inmóviles, sólo por no tener vehículos nuestros en el cielo...

De esta manera cambian a veces los pareceres de los padres.

Cuando el señor Kung pensaba en aviones,

juzgándolos sólo como instrumentos de guerra, los consideraba nocivos, porque tal era el parecer del viejo emperador. Pero cuando vio que los aviones podían ser útiles, trasladando a gente amiga a través del océano, rápida y fácilmente, entonces cambió de opinión.

Cerró su libro de un golpe y declaró:

—Yu Lan tiene razón. Es muy necesario, para el prestigio de nuestro país, que tengamos aviones propios, y, naturalmente, gente que los pueda tripular. El muchacho tiene razón, madre de mis hijos. Prepara su ropa. Él irá a Chengtu.

Al oír esto, Yu Ren y Yu Fang entraron corriendo y comenzaron a gritar, como hacen siempre los hermanos menores:

—Queremos ir también; por favor, déjenos ir —aunque no sabían de qué se trataba.

—¡Silencio! —les ordenó el señor Kung—. Yu Lan tiene ya diez años y ustedes son mucho más jóvenes. Veamos primero qué progresos hace él en la escuela de Chengtu.

Así quedaron las cosas y la señora Kung

comenzó a lavar y remendar la ropa de Yu Lan, y con la túnica nueva de su esposo le hizo un traje a su hijo. Al señor Kung no le pareció muy bien esto, pero como ella se las había ingeniado para cortar el traje antes que su marido se diese cuenta, tuvo que resignarse.

—No importa —dijo—; de todas maneras no necesito un traje de seda. Teñiré la seda de Jimmy de un bonito color café y te haré una túnica. Un maestro de escuela debe tener ropa de seda, pero su mujer puede carecer de ella.

De esta manera todos quedaron contentos, e igual que todas las madres, cuando vio a su familia feliz, ella se alegró también. Y pasaron los días.





Pueden imaginarse cómo empleó Yu Lan su tiempo: continuamente esperando a Jimmy. Cuando se hallaba desocupado, se quedaba en el campo observando el cielo, y cuando oía el ruido de un avión, por distante que éste estuviese, dejaba lo que estaba haciendo y corría a ver si Jimmy había llegado. En la oscuridad de la noche o en días lluviosos, cuando sabía que ningún aparato podía volar, trabajaba en su nuevo modelo, imitación exacta del aparato de Jimmy. Lo recordaba en todos sus detalles.

Muchos aviones pasaron sobre la aldea y transcurrieron los días, y él todavía esperaba y perfeccionaba su modelo. Algunos de los aldeanos comenzaron a dudar y a decir: "El americano no volverá, se ha olvidado de ti. ¿Por qué había de acordarse?"

Hasta el señor Kung le dijo un día a su esposa, en la seguridad de que Yu Lan no escuchaba:

—¿Crees tú que Jimmy ha olvidado a nuestro Yu Lan?



La señora Kung movió la cabeza y continuó con su trabajo.

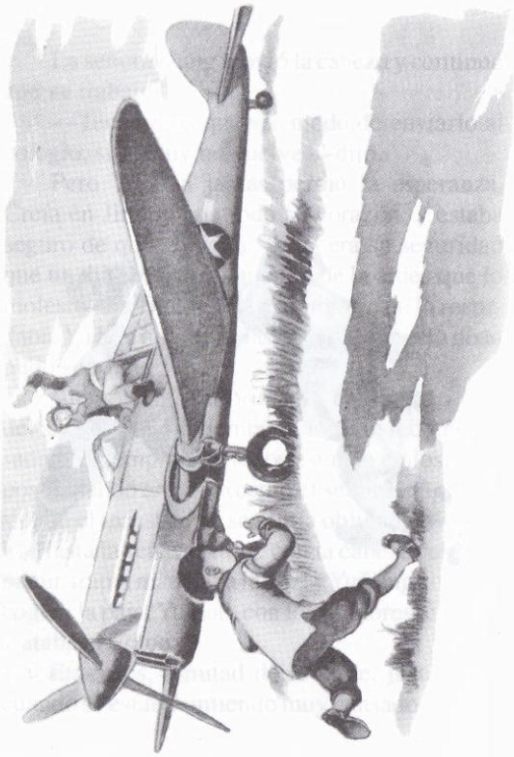
—Tendremos que ver modo de enviarlo al colegio, si Jimmy no vuelve —dijo.

Pero Yu Lan jamás perdió la esperanza. Creía en Jimmy con todo su corazón, y estaba seguro de que volvería. Tanta era su seguridad que un día abofeteó a un niño de la aldea que lo molestó, diciéndole que su amigo ya no lo recordaba. Yu Lan detestaba las peleas, pero esto no lo pudo soportar.

Una mañana, al principio del noveno mes del año, que es septiembre, vio su fe recompensada. Era temprano y todos estaban en los campos cortando arroz, excepto el señor Kung, que, siendo el maestro, no se sentía obligado a hacerlo. Hasta la señora Kung, con la cabeza cubierta por un trapo, manejaba la hoz; y Yu Fang con Mei cogían la paja. Yu Lan, con los hombres, cortaba y ataba el grano.

Entonces, a mitad de la tarde, justamente cuando se estaba sintiendo muy cansado, oyó Yu





Lan un avión. Miró hacia arriba, como de costumbre, y vio un punto oscuro que se acercaba, volando sobre los montes occidentales. Realmente no pensó que sería Jimmy, porque tantos aviones habían pasado sin detenerse ni disminuir su velocidad.

Pero este aparato hizo latir más a prisa su corazón. Porque, aun estando lejos, picó tres veces. Clavó la vista, dejó caer la hoz y gritó. Todos dejaron de trabajar y alzaron los ojos. El avión picó una vez más, desaceleró y comenzó a perder altura.

—¡Jimmy! ¡Jimmy! —gritó Yu Lan.

Era Jimmy realmente. Evolucionó alrededor del campo, escogió la parte donde ya el grano había sido cortado y, planeando, tocó la dura tierra. El avión corrió un corto espacio y se detuvo poco antes de llegar a la siembra. Todos se agruparon alrededor, pero el primero era Yu Lan.

Se descorrió el capot y apareció Jimmy.

—¡Hola! —dijo—. Me alegro de verlos.

Estaban todos tan impresionados, que hasta los perros se olvidaron de ladrar. Sencillamente abrieron los hocicos, jadeando. Sólo Yu Lan no estaba sorprendido y talvez tampoco la señora Kung, porque se acercó quedamente a su hijo y le dijo:

—Si piensas irte, deberías darte un baño y ponerte tu ropa limpia.

—¿Estás listo, Yu Lan?—preguntó Jimmy—. No puedo detenerme sino un momento para comer algo y llevarte, si te dejan marchar.

—¡Apúrate! —insistió la señora Kung a Yu Lan—. Anda a lavarte y yo prepararé algo que comer.

Hubo entonces gran alboroto. Yu Lan corrió a casa; se bañó en la artesa y se puso ropa limpia, mientras Jimmy comía el arroz y el pescado que habían quedado del almuerzo y otros alimentos preparados apresuradamente por la señora Kung.

Mientras comía, Jimmy dio todas las explicaciones necesarias al señor Kung.

—No se preocupe —le dijo—. Yo cuidaré a

Yu Lan como si fuese mi hermano Tom. Los muchachos de mi escuadrón me van a ayudar a pagar su educación. Es tan despierto que creo que ganará una beca el próximo año. Le he hablado de él al rector. Si Yu Lan tiene éxito, lo llevaré conmigo a Norteamérica para que reciba el mejor entrenamiento en todo. Después volverá a China y fabricará aviones y los manejará. China necesita muchachos como Yu Lan. También quiero que se haga amigo de Tom. Ambos simpatizarán.

—Es usted muy amable —repetía el señor Kung.

—Por favor, coma más —decía la señora Kung, con los ojos llenos de lágrimas.

Eran lágrimas de alegría, porque muchas veces había pensado en cómo ella y su marido podrían dar a Yu Lan lo que tanto deseaba. El señor Kung era muy pobre, porque los maestros de escuela no ganan mucho sueldo, y había que pensar también en los otros hijos.

Cuando Yu Lan entró, su cara se veía rosada por la alegría y de tanto frotársela. Tenía puesto

su traje nuevo, hecho de la mejor túnica del señor Kung, y llevaba en la mano el nuevo modelo de avión, porque no quería dejarlo en casa. No pudo probar bocado.

—Come, hijo mío —le urgió la señora Kung—. Tienes que hacer un largo viaje.

—No tengo deseos, madre —dijo Yu Lan.

—Está lleno de felicidad —observó el señor Kung, con cierta tristeza—. Te comprendo, hijo mío. Así me sentí yo cuando era muchacho y mi padre consintió en que fuese maestro de escuela en vez de labrador.

—¿Usted quiso ser maestro? —preguntó Yu Lan, sorprendido.

—Ciertamente —repuso el señor Kung—; por eso comprendo tus sentimientos, ahora.

—Te empaquetaré tu almuerzo —dijo la señora Kung—. Cuando sientas hambre volando, lo podrás comer.

Entonces la madre envolvió algunos embutidos, conservas y cuatro huevos duros en un pañuelo con flores azules. Abrazó a Yu Lan; el

señor Kung le acarició la cabeza; Mei lloró, mientras Yu Ren y Yu Fang le miraban, con el dedo en la boca, porque su hermano les parecía un extraño, ahora que se iba con Jimmy a aprender a manejar aviones.

Jimmy lo vio contemplar a su madre.

—Escucha —le dijo—: piensa qué feliz te sentirás cuando vengas en tu avión a ver a tu familia. Piensa cuán agradable será llevarlos a todos a dar una vuelta allá arriba. Además, estarás de regreso para las vacaciones de Año Nuevo. Yo mismo te traeré.

Consolado, Yu Lan sonrió a su madre, saludó a su padre y a todos los otros aldeanos, se despidió de los muchachos; le tiró la trenza a Mei y subió al avión al lado de Jimmy. Estaban un poco estrechos, porque Yu Lan se había puesto una chaqueta muy forrada. “Hace siempre frío arriba”, le había dicho Jimmy.

Pudieron, sin embargo, cerrar el capot y el motor pareció hacer un ruido más fuerte. Toda la

Por cierto que toda la aldea vino a despedirlos. Ahora que se marchaba, Yu Lan no podía articular una palabra. Se sentía incómodo y yerto, y cuando miraba a su madre, sus ojos le picaban. Sería difícil acostumbrarse a no verla todos los días.

Jimmy lo vio contemplar a su madre.

—Escucha —le dijo—: piensa qué feliz te sentirás cuando vengas en tu avión a ver a tu familia. Piensa cuán agradable será llevarlos a todos a dar una vuelta allá arriba. Además, estarás de regreso para las vacaciones de Año Nuevo. Yo mismo te traeré.

Consolado, Yu Lan sonrió a su madre, saludó a su padre y a todos los otros aldeanos, se despidió de los muchachos; le tiró la trenza a Mei y subió al avión al lado de Jimmy. Estaban un poco estrechos, porque Yu Lan se había puesto una chaqueta muy forrada. “Hace siempre frío arriba”, le había dicho Jimmy.

Pudieron, sin embargo, cerrar el capot y el motor pareció hacer un ruido más fuerte. Toda la

gente gritó, deseándoles buen viaje. A Yu Lan le pareció que el aparato corría muy ligero sobre el suelo, pero ya pueden ustedes imaginarse lo que sentía cuando se elevaron.

—Ahora sé lo que siente mi pichón —le gritó a Jimmy.

Jimmy sólo se sonrió, porque no podía oír. Además estaba muy ocupado. Un avión requiere mucha atención cuando está volando y el piloto no puede hacer otra cosa sino atenderlo.

Yu Lan se acomodó a su lado, observándolo todo. Era una nueva experiencia eso de estar tan alto sobre la tierra; y, especialmente, ver tan pequeñas todas las cosas que siempre había considerado grandes: las casas, ríos, aldeas y campos, y hasta las ciudades. Desde arriba el suelo se veía terso y los colores eran como parches agrupados. Volaron durante un tiempo que a Yu Lan le pareció largo, y comenzó a sentirse a sus anchas. Sintió hambre y comió un poco. El aire estaba en calma y el cielo claro. Jimmy pudo usar una mano también para comer. Después que



hubo satisfecho su apetito, Yu Lan se sintió tan contento y tan seguro con Jimmy, que hasta le dio sueño. Se acomodó en su rincón y, afirmando la cabeza en el brazo del piloto, se quedó profundamente dormido.

Jimmy contempló su tranquila carita tostada.

—Kung Yu Lan, futuro as de la China —murmuró y se sonrió.